

Infiltrado en el corazón de la policía brasileña

Para comprender el origen de la violencia de la policía militar del estado de Río de Janeiro, la importancia que tiene su curso de formación y la ideología en la que se basa, el periodista brasileño Raphael Gomide aprobó una oposición y, en 2008, lo admitieron como recluta. Así compartió, desde dentro, sin filtros, la vida diaria de estos hombres que, a cambio de trescientos euros al mes, se enfrentan a la muerte, pero que también la causan con demasiada frecuencia.

**Una investigación de
RAPHAEL GOMIDE ***

Desde esta mañana soy, técnicamente, policía militar, después de siete meses de selección. El sudor me corre por el rostro, bajo mi camiseta blanca y recorre mis piernas debajo de los vaqueros. Hace 33° C, a las 10:45 hs., bajo el duro sol de Río. Al lado de otros muchachos, algunos de los cuales tienen casi 30 años y el cabello cortado al rape, estoy allí desde hace más de tres horas. Permanecer de pie y en formación militar, en posición "firme" o de "descanso", constituye la primera prueba para los cuatrocientos cincuenta nuevos reclutas. Seguiremos así, en fila o corriendo, hasta las 14:30 hs. Siete horas bajo el sol, sin alimentarnos. Apenas unas breves pausas para tomar agua.

Ya a las 8:15 hs., con el rostro ceniciento, un candidato balbuceó que se sentía mal. Tambaleó. Al impedir la circulación de la sangre, la inmovilidad puede provocar mareos. "¡Sólo muévase para evitar caerse!", repite el comandante de la 2ª Compañía. El truco es mover sólo los dedos de los pies. Un hombre cae desmayado. Otro flaquea, dos veces. A las 10:30 hs., siento vértigo y náuseas. Levanto la mano y salgo de la fila, ayudado por un policía. Un poco de agua en la frente. Y unos minutos más tarde, estoy mejor. Vuelvo a las filas. En algún que otro momento, cerca de un centenar de participantes se sentirá mal. Muchos viven lejos y, para tomar uno o dos autobuses, se levantaron temprano. "¿No les ha gustado?", grita un instructor al terminar la prueba. "¿Son débiles? ¡Pueden irse inmediatamente! Nadie está obligado a quedarse. Para ustedes que vienen de las Fuerzas Armadas: aquí no se dispara contra sandías, no, ¡se acabó! ¡Aquí el combate se libra con balas de verdad!".

A cargo de la selección, el teniente coronel Siciliano toma la palabra. Comienza con una advertencia. "Sé que muchos de ustedes violarán las reglas a la primera ocasión. Piénsenlo bien antes. La frontera entre el bien y el mal es muy frágil; no faltará la oportunidad para que un colega los lleve a hacer una tontería. No los quiero ver aparecer en las noticias judiciales ni en los boletines de la PM (Policía Militar) como ladrones, corruptos, expulsados por un delito o una falta de conducta. Si fuese fácil conseguir empleo, estoy seguro de que muchos no estarían aquí hoy".

Río, la ciudad de las playas, la alegría de vivir y la bossa-nova es también sede de la policía que más mata y que más muere de Brasil, y probablemente del mundo. Las fuerzas de seguridad fueron allí responsables de la muerte de 1.330 personas en 2007, casi cuatro ciudadanos al día (1). Durante el mismo período, ciento cincuenta y un policías fueron asesinados, es decir, uno cada dos días y medio. Desde hace veinticinco años, en las favelas dominadas por traficantes de drogas equipados con fusiles automáticos, pequeños ejércitos de criminales responden violentamente a las operaciones de mantenimiento del orden (2).

En el sistema brasileño, la Policía Militar (PM), uniformada, constituye la cara más visible de la seguridad. La de Río posee treinta y ocho mil miembros, pero se estima que harían falta doce mil más. La Policía Civil, integrada a su vez por doce mil miembros, se ocupa de las investigaciones judiciales.

"Si agarro a uno de ellos, lo mato"

Realicé el primer examen sentado en una butaca del Maracanã, uno de los estadios de fútbol más célebres del mundo, en compañía de un público de partido profesional: veinticinco mil candidatos que debían tener estudios secundarios completos. En ese instante, comencé a percibir —de boca de un muchacho que había sido auxiliar de la PM, en un programa para reservistas del Ejército— parte de la mentalidad que descubriría a lo largo del curso. "Cuando se atrapa a un delincuente en la zona turística, ¡un buen porrazo! Es más fácil golpear que detener. No lo hagan delante de todo el mundo... Hay que llevarlo a un lado. Detener es demasiado trabajo. Un día me quedé en la comisaría desde la una de la tarde ¡hasta las diez de la noche! Te pierdes el día y el almuerzo". A su lado, otro contaba en qué consiste el trabajo, los días de partido en el Maracanã. "A veces, la multitud te agota, pero vale la pena. Puedes ganar 5 reales (2,5 dólares) con los revendedores, dejándolos colarse en la fila".

Fui uno de los mil cien candidatos que aprobó el examen de aptitud "intelectual". Un poco más de la mitad de las dos mil vacantes disponibles. Siguió siete meses de selección —exámenes médicos, psicológicos y físicos, presentación de documentos que certifican la ausencia de antecedentes penales o deudas, así como "declaraciones de buena conducta"— y de periodos de entrenamiento. Para cada etapa de la selección, se fijaba una hora de llegada. Pero no de salida. Los candidatos se quejaban de perder un día de trabajo o de llegar tarde y de tener que ir sólo para conocer los resultados: "¡Bastaría con publicarlos en internet!". Durante los periodos de entrenamiento: salida de casa a las 6 de la mañana, afeitado, con el cabello bien corto; marchas y canciones militares; fin de la jornada a las 19 horas, al borde del agotamiento.

Durante todo ese tiempo, entendí que la corporación trata indudablemente de reprimir la corrupción en sus filas. Pero que, por otro lado, tolera y a veces fomenta la violencia mortal.

"Te tiroteas con un delincuente en la favela... El tipo se rinde. ¿Lo vas a detener? ¡Yo lo mato!", exclama cerca de mí uno de los reclutas. Otro asiente, sin reparos. "¡Por supuesto que lo voy a matar! El tipo disparó contra un compañero. Abrió fuego, lo rodean, se rinde: 'Perdí' '¿Perdí?' '¿Qué me importa! ¡Te voy a matar!'. Trato de sugerir que es ilegal, que el papel de la policía es detener al delincuente. "¡No matarlo es ali-



RAPHAEL GOMIDE

mentar a un animal enjaulado! Te va a atacar. ¿O no conoces la justicia brasileña? El tipo pasa dos años en prisión y lo sueltan. Si te encuentra, te mata. Es ilegal, pero es así". El primero me palmea la espalda. "Si entras en la PM con esa idea de 'detener' a los delincuentes, ¡empieza a rezar! Los derechos humanos, son para los humanos".

Muchos de los nuevos tienen familiares o amigos en la profesión. La violencia y el miedo a la muerte parecen alimentar su vida y su concepción del mundo. Durante los enfrentamientos ocurridos en Río en 2007, se registraron un promedio de 41,6 civiles asesinados por cada policía caído. Para los instructores, se trata de la realidad "natural" de los enfrentamientos. Uno de ellos enseña en su clase: "Sólo puede utilizarse el arma en caso de legítima defensa. No se puede disparar por la espalda. ¿Es absurdo? Lo es. Pero no se puede. El empleo de la fuerza debe ser medido y proporcional. Si cometes un error y te descubren, serás castigado". Un alumno pregunta si las escenas de asesinatos como las que aparecen en la película *Tropa de elite* (3), alguna vez se producen. Comentario del instructor, aunque no exactamente en el mismo registro que antes: "El cine es el cine. Pero... Se aprende en la calle: disparaste por la espalda, tomas el arma, la colocas en la mano del tipo, presionas el gatillo e invocas legítima defensa. Puede que lo haya hecho, hijo, ¡golpeado por la emoción! Pero eso es la calle. Aquí no es el lugar donde se aprende eso. Un arma de fuego es para la legítima defensa o para defender a terceros".

Entusiasmado y hablando como una ametralladora, un candidato describe escenas de guerra del Discovery Channel: "¡Hermano! Los tiroteos en Irak... ¡Los tipos, detrás del tanque, disparando con los fusiles! El Blackhawk que los sobrevolaba, tac-tac-tac-tac, un despelote increíble, alucinante... ¡Uau! Se me pone la piel de gallina. El tipo, un calibre 50, disparando con esos anteojos grandes y los ojos exorbitados... ¡Me hubiera gustado estar ahí!". Se lanza en un delirio tal que los compañeros permanecen callados. Luego otro agrega: "¡Odio a los delincuentes! Los odiaba antes y, ahora, ¡los odio aún más! ¡Quiero ser parte del BOPE!" (4).

El peligro forma parte de la vida de los cariocas, los habitantes de Río. Incluso antes de entrar en la carrera policial. Un candidato se levanta la camisa. Una enorme cicatriz atraviesa su tórax y su abdomen hasta debajo del ombligo. Con una sonrisa siniestra, cuenta cómo, con un amigo miembro de la PM, estuvo a punto de morir después de haber sido llevado por delincuentes a una favela. "El traficante disparó contra mi amigo. Corrí como un loco. Sentí dos disparos, pero seguí, empujado por la adrenalina. Sólo me detuve abajo. Había recibido una bala en la espalda y otra en el brazo izquierdo". Pasó tres meses en el hospital. Todos escuchan el relato con la boca abierta. "¿Y no guardaste la bala?", pregunta alguien. "¿Para qué? Tengo la cicatriz. Las marcas quedaron, como el odio en mi corazón. Si atrapo a alguno, ¡no me voy a andar con rodeos!".

Visita de un grupo de periodistas al cuartel, el primer día, durante las pruebas de selección. El comandante no ejerce ninguna presión para que los candidatos colaboren. Al contrario: "¿Alguien está interesado en responder a un reportaje? ¡Ten-

gan mucho cuidado! Aquí nadie está obligado a dejarse fotografiar. ¡Significa correr riesgos!". Silencio en las filas. Luego de varios segundos, el primer voluntario se acerca, seguido por otros dos, de los trescientos presentes. El temor a las represalias de los delincuentes lleva a la mayoría a no exponerse. El único que se deja fotografiar se justifica: "El que debe tener perfil bajo es el delincuente, ¡no el PM! Los miserables deben saber que vamos a llenarles la cabeza de plomo y hacerles estallar el cerebro". Uno de sus compañeros se burla: "Todavía no sabe si va a ser policía y ya está en el diario: 'Asesinan a un candidato al que confunden con un PM'".

Río vive una guerra particular entre fuerzas del orden y delincuentes. Los fusiles siembran odio y sangre en ambos bandos. Porque sabe que levantar las manos significa con frecuencia la muerte, el delincuente no se rinde. Enfrenta al policía cuando éste invade su territorio. Más disparos, más balas perdidas, más heridos, incluso entre inocentes —considerados criminales por los policías—. En territorio desconocido y hostil, el representante del orden, bajo la presión del estrés, no siempre anda con delicadezas. Cuando la relación de fuerzas se invierte, el uniforme se convierte en un blanco, el delincuente se venga asesinando al policía.

La primera semana, fuera del cuartel, un muchacho me llama. "Voy a pasarte un dato: no salgas con vaqueros y camisa blanca, con la cabeza rapada. Usa otra camisa. Ya han muerto dos o tres de los nuestros. En mi grupo, en 2005, hubo uno. En un autobús, con esa ropa y la cabeza rapada, es como si llevaras uniforme. Todo el mundo se da cuenta de que eres policía". Una fuerte paranoia que se vive a diario. Los policías que patrullan ven en cada motociclista que lleva a alguien detrás a un potencial asaltante. "¡Acelera! ¡Rápido!".

"¡Dispara diecinueve veces y el otro continúa corriendo"

La preocupación es entendible. Para un policía militar de Río, la probabilidad de ser asesinado es once veces mayor que para el conjunto de la población brasileña; seis veces la de un individuo de sexo masculino. De los ciento cincuenta y un policías asesinados en 2007, sólo treinta y dos se encontraban de servicio; ciento diecinueve (79%) murieron no estando de servicio.

Distribución de los uniformes, en medio de la excitación de la tropa. Un oficial advierte: "¡Veo muchos rangers (5)! ¿Para qué se los llevan a sus casas? ¡Es un riesgo innecesario! Estoy totalmente en contra, es peligroso. ¿Por qué llevarlos en el autobús? Todos son de Río, no es necesaria mucha explicación. ¿Verdad?". Un sargento comenta: Tendrán ese miedo toda su vida...". A pesar de la advertencia, la mayoría se los lleva para sacarse fotos y mostrárselos a la familia, a la novia.

Muchos PM murieron, identificados por su vestimenta, su arma o su carnet de policía. Los ins-

* Periodista de Folha de São Paulo. Por esta investigación fue galardonado con el premio Nabal, creado en 1992 por la Unión Europea para promover un periodismo de calidad.

